



Motta, Anne, *Noblesse et pouvoir princier dans la Lorraine ducale, 1624-1737*, París, Classiques Garnier, 2015, 618 pág., ISBN: 978-2-8124-5093-8.

Cuando en 1737 Francisco III abandonó Nancy y se convirtió en gran duque de Toscana, se abrió el último capítulo de la historia de la Lorena independiente. El ducado pasó al suegro de Luis XV, Estanislao Leszczyński, rey de Polonia desposeído de su trono originario. La operación, diseñada por Fleury, fue el pórtico a la definitiva incorporación de los territorios loreneses a la corona de Francia que, finalmente, se produjo a la muerte del soberano polaco en 1766. Fue en la mesa de la negociación internacional donde se decidió el destino de Lorena, corolario de la pugna geoestratégica por el control de unos territorios que, por su situación entre Francia y el Imperio y sin la protección de ninguna barrera natural, llevaban mucho tiempo en un precario estado de independencia. Estas circunstancias, la constante amenaza sobre la soberanía y la influencia inevitable de las rivalidades internacionales en los asuntos internos, determinaron los reinados de los sucesivos duques y, asimismo, el comportamiento de la nobleza y las relaciones entre ésta y sus monarcas. Ese es el asunto que aborda Anne Motta en su libro, centrado en la fase más conflictiva de la historia de Lorena, desde las primeras décadas del siglo XVII hasta la renuncia de Francisco III.

Motta periodiza el largo siglo objeto de su análisis en tres fases. La primera corresponde a la situación de estabilidad y orden en el momento de la muerte de Carlos III y la sucesión tranquila en la persona de su hijo Enrique II (1608-1624), con una nobleza identificada con el trono; una quietud interior favorecida por la debilidad francesa y la protección de los Habsburgo. La segunda fase se alarga desde mediados de los años veinte hasta 1697, época de profunda inestabilidad marcada, primero, por las modificaciones de la ley sucesoria impuestas por Carlos IV (1624-1675) y, sobre todo, por las sucesivas invasiones francesas, los exilios del duque—su sucesor Carlos V (1675-1690) no llegó nunca a pisar el suelo lorenés—y una nobleza que ve sus bienes incautados por los ocupantes y ha de plantearse sus fidelidades para sobrevivir. El tercer periodo se extiende entre 1697, cuando el acuerdo internacional de Ryswick permitió la restauración de la familia ducal en el trono con Leopoldo (1697-1729), y el corto reinado de su hijo Francisco III hasta que cedió sus derechos; durante más de tres décadas Leopoldo reformó las estructuras del Estado y proyectó un nuevo marco de relaciones con la nobleza, actuando contra algunos privilegios políticos y judiciales de los linajes más antiguos y ennobleciendo a otras familias.

El estudio de Motta no ambiciona construir una historia total de la nobleza lorenesa, sino que analiza, desde las perspectivas de la historia política y la historia cultural, las relaciones entre la nobleza y el trono, sometidas a duras pruebas por la Guerra de los Treinta Años y la agresividad de Luis XIV. Más concretamente, se ha interesado por dos grupos de la nobleza: la denominada antigua caballería y los que son ennoblecidos (*pairs fieffés*) en retribución de servicios, compensar el agotamiento biológico de las familias y sustituir a los desleales en tiempos turbulentos.

El elemento más significativo del segundo estamento lorenés es esta *ancienne chevalerie*, compuesta por linajes descendientes de los que acudieron a las Cruzadas con Godofredo de Bouillon. Con la conciencia de provenir de sangre esclarecida por el heroísmo guerrero, la caballería fundaba su poder socioeconómico en bases feudales y su poder político en el ejercicio de funciones administrativas y judiciales compartidas con el duque. Su marca de distinción más preciada residía en el tribunal *des assises*, que también es una especie de senado de los apellidos antiguos, encargada de juzgar a sus iguales y que compartía constitucionalmente con el soberano la función judicial en el ducado. Así, la vieja caballería lorenese, por un lado, ostentaba un protagonismo político fundamental sancionado por la costumbre y por la ley, y, por otra parte, mantenía vivo el código caballeresco, la inclinación a las armas, y un espíritu de libertad. Todo ello fue puesto a prueba desde la primera ocupación francesa, en 1631, cuando los señores lorenesees vieron incautados sus bienes y perdieron el respaldo del trono ausente. El resultado fue la división del grupo, incluso dentro del mismo entorno familiar, cambios de fidelidad y, en general, la entrada en un largo proceso de inestabilidad. En cualquier caso, es interesante señalar que la antigua caballería lorenese reaccionó ante las dificultades y los cambios recurriendo a esos valores identitarios relacionados con las virtudes y las actividades militares, espoleados por conservar y ampliar su autonomía. Podría hablarse, y así lo hace la autora, de una cierta recuperación de la vocación caballeresca y feudal originarias en este contexto de crisis.

Desde esta perspectiva, la restitución de la soberanía lorenese en la persona de Leopoldo a fines del XVII, aun cuando significó la restauración de la antigua caballería en su posición de predominio político, administrativo y político al lado del duque Leopoldo, trajo consigo, de modo inevitable, la interrupción de la lógica autonomista que había posibilitado la supervivencia de las casas nobiliarias en tiempos de exilio y ocupación. Además, la acción de gobierno de Leopoldo no se limitó a la reinstauración del régimen político de sus antepasados, sino que puso en marcha una serie de reformas encaminadas a fortalecer el poder ducal, lo cual pasaba por modificar, a su favor, el reparto de poder con la nobleza. El alto número de ennoblecimientos, para recompensar a los fieles durante los tiempos del exilio, y sobre todo el hecho de que el tribunal *des assises* no fuese reabierto, fueron los gestos más indicativos de que el duque deseaba reestructurar la posición de la antigua nobleza y de que ambicionaba, a la larga, la creación de una nueva nobleza de servicio ligada a las funciones administrativas del trono y, por ende, una progresiva transformación de la misma idea de nobleza. La política de ennoblecimientos, que pretendía la creación paulatina de una *noblesse de robe* a la francesa, fue la línea de actuación de mayor calado, puesto que no solo creaba un nuevo grupo ligado a la gracia del soberano, sino que implicaba la puesta en vigor de un código de valores contrapuesto al tradicional caballeresco de la elite lorenese. Estas reformas, seguidas por Francisco III y luego por el duque Estanislao, se completaron cuando Lorena se incorporó de forma definitiva a Francia.

En definitiva, el lector se encuentra ante un estudio de las relaciones entre la familia ducal de Lorena y su alta nobleza, desde el prisma de la historia política y de la cultura política. La perspectiva de un siglo largo preñado de situaciones críticas que cuestionaron los lazos existentes y obligaron a replantearlos en varias ocasiones, permite a la autora observar las variaciones en las conductas y los cambios de valores. Puede decirse que el caso de la Lorena ducal y sus nobles, desde principios del XVII hasta los treinta del XVIII, se nos revela un laboratorio de análisis de compor-

tamientos y de reacciones ante situaciones de estrés que pusieron a prueba idearios y decisiones personales, del mismo modo, aunque de modo mucho más condensado, que estaba sucediendo a la nobleza de toda Europa.

Adolfo Carrasco Martínez
Universidad de Valladolid
carrasco@fyl.uva.es